

Australia y Nueva Zelanda

Estoy a punto de finalizar un fabuloso viaje por Australia. La verdad es que nunca imaginé que la improvisación me depararía tantas experiencias memorables. Durante esta aventura de cinco semanas me entretuve tanto disfrutando de la costa Este que perdí la ocasión de visitar las junglas del Norte y el interior o “outback”, un enorme desierto que cubre casi todo el país.

En dos palabras: Australia es uno de los países más atractivos y fáciles de recorrer que conozco.

Las distancias son enormes: toda Europa Occidental o EEUU caben dentro de este pequeño continente. Sin embargo la diversidad de sus paisajes, desde los desiertos más áridos hasta las junglas más exuberantes, con larguísimas playas y modernas y bellas ciudades (especialmente Sidney) hacen difícil olvidar Australia. Se disfruta de todo arropado por, probablemente, la calidad de vida mas elevada del mundo. Los australianos, en contraste al mundo anglosajón, complementan la riqueza material con una afabilidad y hospitalidad contagiosa. No es extraño: el enorme país está habitado por sólo 12 millones de personas. No sólo eso, sino que también Australia ofrece una variadísima infraestructura para que los “mochileros” la conozcan divirtiéndose. Las ofertas de alojamiento y actividades baratas son ilimitadas.

Pero retrocedo cinco semanas y voy a los inicios de esta etapa.

Llegué a Sidney desde Tokio. No perdí el vuelo de milagro. El tren que me llevaba al aeropuerto de Tokio tardó dos horas y media en vez de una hora y media como me habían informado. Llegué al aeropuerto 10 minutos antes de la hora de despegue con una taquicardia de caballo. Pero tuve la suerte de que mi avión se retrasó 20 minutos. Corrí como un condenado por las largas terminales de Narita y llegué a la plataforma de salida cuando las azafatas cerraban desde dentro las compuertas de la aeronave.

Sidney es una ciudad en abierta competencia con Melbourne. Ubicada en la costa Sureste es, junto a San Francisco, París y Amsterdam, la ciudad más bonita que he visto. El casco urbano serpentea alrededor de una profunda entrada del Océano Pacífico que invade y se prolonga tortuosamente decenas de kilómetros hacia el interior. Su fabuloso emplazamiento se completa con una planificación urbana muy estética y sensible al entorno. Durante mi visita los preparativos para las Olimpiadas del 2000 tenían trastocada la ciudad.

Estábamos a principios de primavera, en pleno mes de septiembre. Aún hacía frío. Me alojé en un ruidoso albergue de mochileros en el “Distrito Rojo” del centro. Este barrio es el más popular entre la juventud posmoderna, con sus show-girls nocturnos. ¿Te acuerdas del Distrito Rojo de Amsterdam?. Estaba muy bien situado como base para visitar el resto de la ciudad. Eric -un amigo alemán compañero de habitación- y yo alquilamos dos bicicletas de montaña y pedaleamos de arriba abajo por los vericuetos, calles, barrios y rincones de esta urbe multiétnica. Hay que estar algo entrenado porque algunas pendientes son asesinas. Aproveché para llamar por teléfono a amigos de amigos. Pasé un día con los familiares australiano-argentinos de Dani Kavcic, y otro día con Paz y Juraj, ella extremeña y él centroeuropeo. Conocí a Juraj en sus oficinas: es director de una agencia de publicidad ¡instalada en el interior de una iglesia!. Además de invitarme a cenar en su bonita casa, les acompañé a la inauguración de una sala de arte en el barrio bohemio.

Desde Sidney tomé el tren a Katoomba, base para caminar o practicar “bushwalking” (vocablo australiano para “trekking”) en las Blue Mountains. Con una temperatura que rondaba los cero grados y un sol espléndido hice en solitario dos excursiones de un día completo por

serpenteantes y escarpados senderos entre cascadas, árboles y una maleza tan densa que frecuentemente oscurecía el día.

LA COSTA ESTE

Del frío de las "Montañas Azules" me escapé al clima más templado de la costa. A partir de este instante mi único objetivo era ascender dos mil km por la costa Este australiana hasta llegar a Cairns, cerca de la Península de York y a tiro de piedra de Papúa Nueva Guinea.

Un cómodo autobús nocturno me depositó al día siguiente en la fantástica Byron Bay. "BB" es una pequeña y bohemia localidad donde una vez al año se reúnen jóvenes de todo el país para celebrar una versión australiana del descontrolado "Daytona Spring Break" norteamericano. Limpísimas playas desiertas de arena blanca y fina se extendían más de 30 km. hacia el Norte y Sur de "BB". El agua estaba helada y el cielo limpio. Intenté llegar a uno de los extremos corriendo descalzo por la arena dura y mojada. Llegué, pero calculé mal mis fuerzas y la vuelta -caminando- fue agónica. El paisaje era fabuloso.

En el coche de Marc, un alto y aburrido compañero de habitación en BB y "croupier" en un casino de Melbourne, atravesé rápidamente la Costa Dorada (Gold Coast). Paramos medio día en Nimbin, la localidad más bohemia de Australia. En este pueblecito uno se traslada en el túnel del tiempo treinta años al pasado, al centro de la Revolución de Mayo del 68. La policía hace vista gorda al consumo de drogas blandas y te encuentras la calle principal plagada de cuarentones decadentes con el pelo estilo rasta, aislados del mundo que les rodea. No se de que viven. Bueno, una parte de ellos sí: mientras aparcábamos en la calle principal, varios rastafaris golpearon con impaciencia la ventana del coche, ofreciendo todo tipo de hierbas alucinógenas, y más...

Tras esta peculiar escala llegamos a Brisbane. Me despedí de Marc que se quedaba en casa de su hermana. No me resultó una ciudad demasiado atractiva. Pero no le echo la culpa: después de Sidney me había vuelto muy exigente. Durante los dos días en Brisbane alquilé una bicicleta para pasear por el casco urbano y sus alrededores, salí a tomar copas con dos compañeros ingleses de habitación del albergue "The Palace" y me colé en un par de películas. En la tercera película la acomodadora me cazó y tuve que hacerme el despistado extranjero para evitar un engorroso interrogatorio.

Llegado el momento (Brisbane no daba para más) continué en autobús hacia el Norte, siempre por la costa, hacia Fraser Island, la isla de arena más larga del mundo (120 km de playa a cada lado). En el autobús conocí a un alemán serio pero buen tipo y a una austríaca fea que fumaba como una chimenea. Decidimos alquilar juntos un todo-terreno en la ciudad costera más cercana a la isla. Salimos hacia Fraser con un Jeep de la Segunda Guerra Mundial, dos tiendas de campaña, sacos de dormir, utensilios de cocina y toneladas de comida. Tomamos un transbordador temprano por la mañana, desembarcamos en la isla y pasamos cuatro divertidos días recorriendo más de 200 km de arena y playa. Bromeamos, tomamos el sol, discutimos y por la noche compartíamos experiencias sentados en troncos alrededor de una fogata bajo un cielo límpido empedrado de estrellas. Fueron muy buenos momentos.

Tras la despedida de los chicos tenía muy claro mi próximo destino, más al Norte, y siempre en la costa Este. Tomé otro autobús a "Airlie Beach"; muchos australianos la llaman "la joya de la Corona". En esta aldea turística de la costa se concentran algunos de los clubs de yates más importantes de Australia.

Un par de "autoestopistas" hippies que recogimos en el Jeep en Fraser Island (él, inglés, ella, salvadoreña) me contaron como habían navegado gratis por la costa. Anoté la idea y, como buen pordiosero, sembré los clubs de yates de Airlie Beach con una nota que decía en inglés "friego

la cubierta, lavo platos, ayudo a arbolar las velas, levanto el ancla y haré cualquier trabajo para navegar gratis hasta Cairns". Para mi sorpresa y jolgorio, los patrones de dos veleros contactaron conmigo ese mismo día. Ambos me ofrecieron navegar más de 800 km hacia el Norte, bordeando la **GRAN BARRERA DE CORAL** hasta Cairns.

En ese momento "Barnicle Bill" entró en mi vida de manera impactante. Era uno de los dos patrones que me llamaron y único tripulante del catamarán "Tak-Away". Bill me convenció para ir con él argumentando que su única intención era no viajar sólo y que disfrutaría de alguna compañía. No sólo me propuso comenzar el viaje lo antes posible sino que también me dio la libertad de incorporar a la tripulación a algún amigo o amiga. Aproveché esta magnífica oportunidad para invitar a Kathy, una inglesa que había conocido el día antes en uno de los locos bares de Airlie Beach. La única condición que Bill nos puso fué la de traer nuestra propia comida.

Bill es el típico lobo de mar solitario y tiene una historia muy peculiar. Está nacionalizado australiano pero inmigró de algún lugar de la costa de Inglaterra cuando tenía 20 años. Muy delgado, unos 60 años, piel morena y curtida por el sol, pelo y barba blanca, pies huesudos, siempre lleva un jersey de lana, gafas de sol muy oscuras y pantalones cortos. Bill tiene manos callosas, dentadura postiza que de vez en cuando olvidaba por el barco, y un pitillo hecho a mano siempre colgando de la comisura de la boca. Se jacta de su carácter de terremoto y mal genio. Frecuentemente daba las órdenes gritando, como si estuviera de pésimo humor. Sin embargo es una excelente persona. Sobre todo después de pegarle al whisky, uno de sus pasatiempos favoritos. Hace varios años "Barnicle" Bill vendió su casa y todas sus pertenencias para pasar el resto de sus días con su único amor, el mar. Divorciado dos veces y con tres hijos -uno en la cárcel y otro vagabundo-, Bill desea disfrutar navegando hasta el último de sus días. Los médicos le han diagnosticado un enfisema pulmonar incurable. Dos o tres años más de vida. Pero esto a Bill no le importa y habla de "Tak-Away" como un niño de sus zapatos nuevos. Sólo disfruta en compañía del océano, las mujeres, una buena copa de whisky, tabaco y un poco de marihuana para ocasiones especiales o durante la tertulia después de una buena cena. Su apodo de navegante es "Barnicle" Bill y es dueño del mundo a bordo del "Tak-Away".

"Tak-Away" es un catamarán de 33 pies (10 metros) construido de madera y con unos 20 años de antigüedad. Tiene un palo mayor de casi 10 metros, un amplio velamen y dos dinghis o chalupas, una de ellas con motor. Los dos cascos del catamarán están separados por una cabina central semi-descubierta que sirve de puesto de mando, comedor y sala de estar. En cada casco hay un pequeño apartamento con una cama de matrimonio y salida a la cabina central mediante una escotilla. Las camas están divididas por un muro y engarzadas por debajo de la cabina central. Un casco tiene una mini-cocina empotrada, y el otro, el asignado a Kathy y a mí, un aseo. Los dos "apartamentos" tienen unos cuatro metros de largo por 1,20 de ancho (excepto la zona de la cama). El agua para el fregadero, inodoro y ducha manual hay que cargarla en un depósito de gran capacidad situado en la proa cada vez que se amarra en un puerto. El estado general de "Tak-Away" era algo descuidado y avejentado. Bill lo achacaba a la falta de una buena mujer que le ayudase a organizar su vida. A pesar de lo vetusto del catamarán, Bill se había gastado casi todos sus ahorros en dotar al barco con un buen sistema de comunicación por radio, un GPS (sistema de localización por satélite), un piloto automático y un compact-disc con radio.

Kathy, Bill y yo estábamos apunto de iniciar una odisea con una duración indefinida a lo largo de la impresionante costa Este australiana. A partir de este día y durante 16 más, fondearíamos en muchos lugares de ensueño. Descolgaríamos la chalupa con motor y nos adentraríamos por zonas pantanosas entrando por las desembocaduras de ríos que fluían desde la jungla, bajaríamos en playas vírgenes, sin fin, descansaríamos en algún puerto, nos infiltraríamos en algún hotel de lujo al que sólo se llegaba por mar, o simplemente, sentiríamos la brisa fresca del Pacífico y disfrutaríamos de la costa que siempre nos acompañaba en la distancia, unos días a pocas docenas de metros, otros días como una línea oscura y difusa en el horizonte.

Excepto algunos problemas iniciales con Bill por conflictos de personalidad, la navegación transcurrió plácidamente. Kathy y yo pasábamos el día en cubierta tomando el sol, leyendo best sellers comprados en supermercados o correteando por las inmensas playas desiertas, mientras Bill timoneaba con solemnidad mirando el horizonte o nos esperaba a que volviéramos al barco. A bordo, Kathy tenía asignada las labores de cocina, mientras yo ayudaba a arbolar y bajar las velas, bajar o izar el ancla y fregar los platos. Sin embargo, esto no significaba más de un par de horas diarias de trabajo. Bill hacía todo lo demás. Kathy y yo nos dimos cuenta que lo que único que buscaba era algo de compañía. La relación terminó siendo tan buena que Bill nos preguntaba cada mañana hasta donde queríamos ir o en que playa nos apetecía fondear. Las aguas del pacífico son peligrosas, pero en todo momento Tak-Away navegó protegido entre la playa y la Gran Barrera de Coral, a 50/100 km de la costa. Un viaje paradisíaco. Además, me costó poquísimos dinero.

Describo **día por día** las más de dos semanas de navegación.

Día 1: Bahía de Macoma, en la isla Hook

Después de comprar comida, cargar agua y arreglar los últimos detalles, zarpamos desde el puerto de Airlie Beach al medio día y sin mucha ceremonia. Salíamos hacia la isla “Hook”, que forma parte del archipiélago de las Withsunday Islands. Durante todo el día y bajo un sol espléndido zigzageamos entre numerosos islotes. A final de la primera jornada de navegación y casi a media noche anclamos en la oscuridad en un recodo de la bahía de Macoma. Cerca de “Tak-Away” sonaba una campanilla y se balanceaba en las oscuras y quietas aguas la silueta de un espectacular barco. Con los prismáticos y con la ayuda de la luna llena oteamos con curiosidad el lujosísimo velero de 100 pies del magnate Rupert Murdoch. En su cubierta adivinamos la silueta de un helicóptero. En el interior, alguien sentado en un sofá veía las noticias en una pantalla gigante de televisión. Cuando emergimos por la escotilla a las seis de la mañana del día siguiente el velero había desaparecido. Desayunamos té o leche, galletas, fruta y pan con mantequilla y mermelada.

Día 2 y 3: Whitehaven Beach

Después de serpentear durante todo el día a pocos km. de la costa, fondeamos al anochecer a escasos metros de una playa semicircular de unos tres kilómetros. Estaba vacía y bajo la luna brillaba una arena blanca acariciada por un mar tranquilo de aguas cristalinas. Una docena de veleros fondeados nos acompañaban en silencio en espera de un nuevo amanecer. Bill nos contó mientras cenábamos los espagueti a la boloñesa que preparó Kathy que, con motivo de la regata anual de maxi veleros Hamilton Race Week, se celebraría al día siguiente en Whitehaven Beach la fiesta playera más grande del mundo. ¡Que sorpresa! Chaval, estas cosas se avisan antes...

A las siete de la mañana siguiente salgo por la escotilla de nuestro casco y veo con estupor que estamos rodeados por más de cien veleros de todos los tamaños. Y en el horizonte se perfilan las velas hinchadas de muchos más que se acercan. Giro la cabeza 180 grado y observo como hormigean por la playa cientos de personas ocupadas levantando chiringuitos, inflables gigantes y descargando cajas y barriles de cerveza de las chalupas. Varias horas después, ya al medio día, el espectáculo en la playa de Whitehaven es impresionante. En ella saltan, corren, juegan o simplemente charlan con una cerveza o un bocadillo en la mano, cientos de regatistas con sus amigos y otra gente que ha llegado en sus barcos desde Airlie Beach para no perderse la fiesta. Mientras en un chiringuito playero tomo una cerveza con Bill, Kathy se entretiene con unos conocidos. Un carguero de 50 metros parecido a los transbordadores utilizados para el Desembarco de Normandía irrumpe en el horizonte, zigzaguea hábilmente entre los veleros, se acerca hasta tres metros de la playa, hace silbar una ensordecedora sirena y deja caer estrepitosamente sobre la orilla la enorme rampa frontal. Inmediatamente varios cientos de individuos entre 15 y 35 años toman por asalto lo que queda sin ocupar de playa. Mientras tanto, los enormes altavoces de los chiringuitos les dan la bienvenida y escupen una música estruendosa y divertida. Durante todo el día y hasta la puesta de sol bebimos y comimos. La

gente participaba en concursos playeros como carreras de obstáculos con los pies atados, voleibol, frisbee, rugby etc Yo encontré a algunos conocidos de Airlie Beach y pasamos la tarde jugando al rugby playa y bebiendo más cerveza.

Tras una jornada apocalíptica, a las 8 de la noche los chiringuitos estaban desmontados, todos se habían marchado agotados y Whitehaven Beach quedó desierta. Los mástiles se perdían en el horizonte encarnado y la luna aparecía tímidamente. No quedaba el menor vestigio del caos.

Nos veremos el año que viene en la próxima edición de la Hamilton Race Week.

Esto es Australia.

Día 4: Upstart Bay

Durante otro magnífico día, con un sol cegador y un cielo sin nubes, Tak-Away surcó más de 60 millas náuticas. Navegamos sin interrupción durante 15 horas, ayudados en popa por un fuerte viento de 20 nudos y deslizándonos espectacularmente sobre las crestas de las olas. El espectáculo era inolvidable. Kathy y yo nos tumbamos en proa a tomar el sol y disfrutar del cálido viento. Bill irradiaba felicidad. Tak-Away era dueño de los mares. Tras consultar nuestra posición a través del GPS y detallados mapas costeros, Bill decidió anclar en la Bahía de Upstart, el lugar menos peligroso de la zona. La bahía era el resultado de una fina lengua de arena que se adentraba varios km en el océano como por equivocación. Nos fuimos a dormir a pesar de que el viento seguía soplando con fuerza. "Tak-Away" se zarandeaba más de la cuenta y Bill se mostraba intranquilo.

En algún momento a mitad de la noche me desperté sobresaltado. Resonaban pasos correteando arrítmicamente por la cubierta. Salí a la oscuridad exterior todavía medio dormido. El viento resoplaba furioso. Ví a Bill corriendo de un lado para otro y con un gesto desencajado. Me explicó con impaciencia que el ancla se había desenganchado y hacía un buen rato que navegábamos a la deriva en la oscuridad. No tenía idea donde carajo estábamos, pero por suerte, el viento y la marea aún no nos habían echado contra la playa o las rocas. Una potente linterna no sirvió para situarnos pues estábamos demasiado lejos de la costa. Los cables metálicos azotaban ruidosamente el mástil y el catamarán se movía en todas direcciones atormentado por las olas. A ciegas arbolamos a medio mástil la vela mayor. Con ayuda del pequeño motor de popa, el impulso de la vela y el buen hacer de Bill recuperamos el control del catamarán. Usando el GPS y el compás enfilamos rumbo a la costa. Tardamos algún tiempo en localizar un refugio algo más seguro. Por fin llegamos cerca de una playita más protegida y descolgamos el ancla, que con muchas dificultades enganchó en un fondo arenoso y poco profundo.

Cuando los ánimos se calmaron, Bill y yo tomamos algunas cervezas en su cabina. Fuera, el viento aún rugía. Dentro Kathy seguía durmiendo como un oso en hibernación.

Día 5: Cape Bowling Green

A la mañana siguiente nos levantamos algo más tarde, para saludar un día feo, frío, nublado y ventoso. Bill propuso una jornada completa de navegación en dirección Norte. Durante la mañana navegamos a media vela zarandeados arriba y abajo entre las oscuras montañas de agua de un océano amenazador.

De repente, sobre el mediodía, Bill grita algo ininteligible mientras señala hacia proa. Corro a trompicones hacia el frente. Oteo el horizonte con ansiedad sin saber que estoy buscando. Bill grita "¡¡Whale, whale!!" (ballena). En ese momento, delante de nosotros y a escasos 50 metros, veo emerger entre las olas una inmensa mancha negra. Noto con pánico que se dirige hacia Tak-Away. Un momento después desaparece bajo la superficie y angustiado rezo para que vuelva a aparecer. Bill maneja frenéticamente el timón y me grita que baje las velas. Kathy tira una y otra vez del arranque manual del motor. Aún no percibo en su totalidad lo que está ocurriendo. La mancha se acerca cada vez más y resopla. Poco antes de impactar con el inmenso lomo de carne y grasa, Tak-Away cambia bruscamente el rumbo 45 grados impulsado por el motorcito de siete caballos que ruge exprimido hasta el límite. Observamos con la respiración entrecortada como el enorme cetáceo pasa sin inmutarse a menos de tres metros a estribor.

Después, Bill explica: "o nos apartamos, o nos lleva por delante"...

Estábamos a 9 km de la costa.

Días 6 y 7: Townsville

Intentar que tres desconocidos de tres nacionalidades distintas compartan una superficie de 15 metros cuadrados durante 24 horas al día es un ejercicio complicado. Durante la primera semana de navegación tuve algunos choques con Bill, generados por su forma de darme algunas órdenes. Pero a estas alturas estaba tan cabreado que hoy, sin decir nada, metí todos mis bártulos en la mochila y esperé con ansiedad el primer puerto para despedirme definitivamente.

Sin embargo mi beligerancia se relajó cuando llegamos a Townsville, la ciudad más importante de la costa Noreste australiana. Amarramos en el puerto durante dos lluviosos y fríos días. Nos separamos para descansar y Bill y yo zanjamos nuestras diferencias mientras nos atiborrábamos whisky y gin tonic en el bar del puerto, repleto de toscos australianos tatuados hasta la médula. Al día siguiente me entretuve en una sala de videojuegos, me peleé con Kathy, me colé en otras dos películas de cine, comí un montón de hamburguesas con patatas fritas, hice las paces con Kathy, fuimos de compras al supermercado, le dimos una cena homenaje a Billy y terminamos otra noche entre vasos vacíos de whisky y gin tonic.

Día 8: Magnetic Island

En época veraniega es uno de los destinos turísticos más populares de la costa. La Isla Magnética (nadie sabe de donde viene este nombre) está sembrada de preciosas y pequeñas playas vacías. Detrás, una jungla impenetrable. Aunque la lluvia había cesado, el clima seguía intratable y los días eran grises y fríos. Kathy y yo paseamos por algunas playas, nos hicimos fotos e intentamos sin éxito adentrarnos en la jungla, mientras Bill tomaba algunas cervezas en un bareto de la playa.

Día 9: Orphers Island.

El tiempo va mejorando. Kathy y yo leemos y tomamos el sol en cubierta mientras Bill timonea y se ocupa de lo demás. Fondeamos en una playita de la Isla Orphers y correteamos por la playa durante la tarde. Sin novedades.

Día 10 y 11. Zoey Bay, en la isla de Hinchinbrook.

Nos despertamos para saludar con alegría una mañana fantástica con un cielo totalmente limpio y un sol radiante. Sólo faltaba un buen viento para navegar. Con esfuerzo y mucho motor avanzamos algunas millas hasta arribar a Zoey Bay, otra de las maravillas de la Gran Barrera de Coral. Fondeamos en una playa de 4 km con varias salidas fluviales -algo a mitad de camino entre arroyo y río- que desembocaban en el océano. En la costa, mucha playa y arena. Detrás de la playa una maleza impenetrable. Bill nos desaconsejó nadar desde el Tak-Away hasta la playa por la posible presencia de cocodrilos de río. Tras desembarcar de la chalupa, yo decidí correr y hacer algo de ejercicio en tierra firme mientras Kathy paseaba por la playa y Bill buscaba algunos objetos útiles husmeando entre los restos de un naufragio. Por la noche, en la más absoluta paz y tras una frugal cena a base de spaghetti a la bolognesa (otra vez) y fruta, nos acostamos temprano bajo un cielo impresionante con luna llena y un Tak-Away mecido por las olitas que traqueteaban contra el casco, y por una brisa templada.

La mañana siguiente nos levantamos a las seis y Bill y yo nos internamos con la chalupa motorizada hacia el interior de la isla, aprovechando la marea alta que anegaba temporalmente un pequeño delta. A medida que nos adentrábamos en la jungla aumentaba el calor, la humedad y los ruidos de aves y anfibios. Buscamos con ahínco y sin suerte cocodrilos de río, que suelen tomar el sol en los márgenes cubiertos de manglares. Navegamos sigilosamente, siempre flanqueados por una densa jungla, hasta llegar al nacimiento del río, cerca de una imponente mole de piedra que se alzaba majestuosamente a unos 600 metros en el centro de la isla. El agua que brotaba desde alguna corriente subterránea, chorreaba en una cascada y se estrellaba contra una laguna de aguas cristalinas. Retornamos rápidamente porque la marea comenzó a bajar.

Cada 50 metros teníamos que levantar el motor y bajar de la chalupa para empujar. Llegamos al Tak-Away cuando el sol se escondía detrás de la mole rocosa. Kathy nos esperaba con una magnífica ensalada y filetes.

Al día siguiente hicimos otra excursión parecida.

Fueron dos días inolvidables.

Día 12. Canal de Hinchinbrook. Scraggy Point.

La isla de Hinchinbrook esta separada de la masa continental australiana por el no muy ancho pero interminable Canal de Hinchinbrook. Para llegar allí, Tak-Away retrocedió sobre sus pasos desde Zoey Bay y bordeamos el sur de la isla para atravesar el canal en dirección Norte, en contra del viento. Tras zigzaguear durante todo el día, vigilados a babor y estribor por majestuosas moles de roca, llegamos a Scraggy Point. Allí fondeamos para pasar la noche.

Día 13. Dunk Island

La Isla de Dunk es otra belleza de la costa Este australiana.

Tras un soleado día de navegación, con ligeras brisas soplando desde el Sur, avanzábamos a paso de tortuga a base de motor. Pasamos un día más tumbados en la cubierta de proa leyendo o deleitándonos con el paisaje. Navegábamos con la gran barrera de coral a babor y playas desiertas a estribor. En las últimas horas del atardecer, cuando es necesario ponerse un chaleco porque refresca y hay que bajar todo el velamen porque el viento amaina, Tak-Away enfiló la proa hacia el interior de un archipiélago cuyas islas habían comenzado a emerger del horizonte desde el mediodía. Pasamos tímidamente entre protuberancias montañosas que dejaban entrever fabulosas y desoladas playas. A últimas horas del atardecer disfrutaba de pie en la proa viendo cómo el enorme disco rojo se hundía lentamente detrás de la vegetación costera. Bill nos señaló el horizonte y nos informó que estábamos llegando a Dunk Island. En esta pequeña isla se encuentra uno de los complejos turísticos más caros de la costa australiana. Tras recoger todas las velas y fondear, Bill me prestó una chaqueta y corbata. Echamos al agua con esfuerzo la chalupa motorizada, y tras perder de vista la silueta de nuestro catamarán, zigzaguear en la oscuridad entre lujosos yates y bordear varias playitas silenciosas, descendimos a oscuras en la playa del restaurante-terraza del hotel y nos colamos, comportándonos como clientes habituales. En el bar, rodeados de lágrimas y sollozos de algunos turistas, vimos la retransmisión en directo del funeral de Lady Di. Kathy lloraba como una magdalena. No regresamos al Tak-Away hasta que cerraron el bar.

Día 14. Gran Barrera de Coral (Great Barrier Reef)

Tak-Away estaba ya a menos de 100 millas náuticas de Cairns, nuestro destino final y meca turística del Norte australiano. Por la mañana Bill sugirió adentrarnos 30 millas hacia el interior del océano para rendir homenaje a la Gran Barrera de Coral. Durante todo el viaje, la Gran Barrera nos había acompañado silenciosamente y protegido contra la furia del Océano Pacífico. Otra vez, un día fantástico, aunque con poco viento. Llegamos a la barrera algo más tarde de lo previsto, cuando ya era hora de darse la vuelta. Observamos desde arriba apresuradamente esta serpiente irregular y muerta, cubierta de una cabellera ondulante y multicolor, que se dejaba ver a través de las aguas cristalinas varios metros por debajo del casco. Fue una pena que no tuviéramos tiempo para bucear. Retornamos hacia la costa para evitar que nos oscureciera cerca de estos peligrosos arrecifes. Disfruté en la proa de otra puesta de sol impresionante. Bien entrada la noche Tak-Away enfiló proa a Mourilian Inlet, un lugar frío y asfixiantemente húmedo. Anclamos sin consecuencias protegidos por los muelles de una enorme planta procesadora de caña de azúcar. Esa noche atrapé un resfriado que me duró más de tres semanas.

Día 15. Fitzroy Island.

Estaba ansioso por llegar a la civilización. Había terminado de leer mis dos novelas de Morris West y Robert Ludlum. Sin lectura, las horas se hacían mas largas. Pasamos un día completo de navegación bajo un cielo despejado. Al anochecer llegamos a otro lujoso complejo turístico, esta vez en la isla de Fitzroy. Chaqueta y corbata. Zigzaguear entre lujosos yates. Bajarnos en la oscuridad de alguna playita. Fingir. Esa noche, una vez más, Bill y yo cerramos el bar.

Día 16. Cairns

Final del trayecto. Terminaban más de 800 km de navegación. Vuelta a la civilización. En el horizonte fueron apareciendo, tímidamente al principio, groseramente después, una masa borrosa de edificios, chalets, casinos, puertos deportivos, barcos y lanchas que iban y venían, aviones que aterrizaban y despegaban...

La aventura estaba a punto de finalizar. Yo me sentía como un Robinsón Crusoe barato que volvía a casa. Tras comunicarnos por radio y pedir permiso a las autoridades del puerto, amarramos no sin alguna dificultad. Bajamos del barco. McDonald's, Pizza Huts, turistas japoneses por todos lados, hoteles de lujo, coches, restaurantes chinos, agencias de viajes... Llegaron los momentos de las despedidas. Los futuros y planes de nuestra pequeña familia de tres eran muy diferentes. Kathy y yo nos despedimos esa noche de Bill con pena, regalándole lo que más le gustaba: dos botellas de Jack Daniels. Tras aparentar no estar afectado, pero demorándose algo más tarde, Bill nos ofreció continuar navegando con él un año más hasta Phuket, en Tailandia, pasando por Darwin, el Parque Nacional de Kakadu, Indonesia, Singapur y Malasia. La tentación era fuerte, sin embargo, hubiera tenido que sacrificar el resto de mi viaje por el Pacífico y Africa. De Kathy me despedí al día siguiente. Ella continuaba hacia el Norte para encontrarse con unos amigos.

Los días que pasé en Cairns los utilicé para reconectar con las hamburguesas, comida china, helados, y también para inscribirme en una excursión de buceo de tres días en la Gran Barrera de Coral.

No lo sabía, pero Cairns es una de las mecas mundiales del buceo. Por unas 50,000 pts tienes variadas opciones para pasar tres o cuatro días en un viaje organizado que visita varios de los múltiples atolones rocosos subacuáticos y formaciones coralíferas ubicadas en un radio entre 30 y 100 km de Cairns. Numerosas empresas privadas como Deep Sea Divers Den, Dive etc compiten por un mercado de turistas buceadores, desde novatos hasta muy experimentados. Vienen de todas partes del mundo. Hay muchos grupos de estudiantes japoneses. Una visita de un día a la barrera de coral con una inmersión cuesta unas 13,000 pts, incluido el equipo de buceo. Una excursión de tres días con estancia en un barco-hotel anclado en las proximidades de la barrera con cursillo, equipo, 12 inmersiones y obtención de la certificación PADI que te acredita como buceador cuesta una 45,000 pesetas. Una excursión de diez días para los buceadores muy experimentados a las islas y corales más alejados cuesta una fortuna.

Aproveché la certificación PADI que obtuve cuando viví en Puerto Rico hace 4 años y me anoté en una excursión de tres días sin cursillo y con derecho a 12 inmersiones. Estas inmersiones no necesitaban supervisión y eran libres hasta 18 metros de profundidad.

En el momento de la inscripción la empresa me comunicó que se pasaría a buscarme en la pensión a las siete de la mañana del día siguiente. Esa noche aproveché para, en compañía de Jack, un inglés de 25 años, calvo como una bola de billar y más dos metros de estatura (¿recuerdas al vocalista de Midnight Oil?), pasarla en el lugar más de moda de Cairns, entre jarras de cerveza y bailando encima de las mesas bajo una música brutal. Me acosté a las cinco de la mañana con una importante intoxicación etílica. Dos horas más tarde una furgoneta repleta de buceadores tocaba la bocina con impaciencia delante de la pensión. No recuerdo mucho más porque la resaca mantenía mi cerebro semi-bloqueado. Lo próximo que recuerdo con claridad es verme en una plataforma de un barco a 50 km de la costa dispuesto a saltar al mar, equipado con un equipo completo de buceo, incluido botellón de aire y traje de neopreno. Una sensación heladora me recorrió el cuerpo cuando me introduje en las frías aguas del Pacífico y el interior del neopreno se llenó de agua. Segundos más tarde me coloqué en la boca la válvula de respiración (regulador) y comencé la inmersión en medio de una paz y silencio que anhelaba.

Algunos metros más abajo pude ver entre las pompas que trepaban delante de mi máscara, buscando la luz, y el ruido de mi artificiosa respiración, a mi "partner" de buceo que me hacía señas para que le siguiera. Fui descendiendo lentamente en aguas de un azul cristalino

esperando a que mis doloridos tímpanos se ajustasen al cambio de presión. Minutos después, un medidor digital en mi muñeca indicaba 15 metros de profundidad. Los oídos ya no me molestaban tanto. Sin embargo, no me encontraba del todo bien. Delante, a unos diez metros, mi “partner” avanzaba escrutando con curiosidad las anémonas de colores adosadas como ventosas a una inmensa pared de coral que se perdía en las alturas por encima nuestro. Descendí hasta veinte metros, dos más de los permitidos por mi carnet. Volví a subir a quince metros. Empezaba a disfrutar en el silencio de las profundidades y me paraba a observar las pequeñas escuelas de peces multicolores que se acercaban curiosos.

De repente se me hizo difícil inspirar el aire de la botella. Con cierta tranquilidad me saqué la válvula de respiración de la boca y presioné varias veces para desatascarla. Me la reintroduje en la boca. Volví a aspirar con fuerza pero el aire no llegaba a mis pulmones. Tragué un delgado hilo de agua. Miré por primera vez (!!) el indicador de la presión de aire en la botella. Estaba totalmente vacía. ¡En mi estado resacoso no me había ocupado de llenar el tanque!. Miré hacia adelante a mi partner con intención de auto-socorrerme con su regulador de emergencia. Pero él buceaba placidamente, sin verme, muy por delante de mí. No me daba tiempo a alcanzarlo. Ya sin aire, miré angustiado hacia arriba para calcular los metros que me separaban de la superficie. Calculé una distancia equivalente a un edificio de cuatro pisos. El sol se reflejaba sobre el oleaje varios miles de metros cúbicos de agua más arriba. Recordé una de las lecciones aprendidas en los cursos de iniciación: es extremadamente peligroso ascender rápidamente a la superficie sin haber pasado por varias paradas de despresurización. Al ascender y disminuir la presión del agua, el oxígeno de los pulmones se expande. Si los pulmones contienen más aire del adecuado revientan durante una ascensión demasiado rápida. Esta es una de las causas de muerte más comunes entre los buceadores.

Cerré los ojos, recé algo y me lancé hacia arriba como un torpedo, con todas las fuerzas que me permitían las piernas y las aletas. Recuerdo un mareo que me invadía a medida que llegaba a la superficie. Cuando emergí la cabeza por encima de la superficie, escupí inmediatamente la válvula y tomé aire mientras tosía y eructaba como un animal. No me había pasado nada. Cuando me calmé, reintroduje la cabeza en el agua para buscar a mi partner. Este se había parado muchos metros por debajo de mí y me indicaba algo rotando el índice de la mano derecha contra su sien.

Regresé al barco y con toda sinceridad comenté a los instructores lo que me había ocurrido más abajo. Por supuesto no mencioné el tema alcohol. Me prohibieron bucear el resto del día y comprobaron varias veces mis niveles de nitrógeno para evitar posibles pompas en mi sistema circulatorio. Los dos días siguientes buceé con mucho miedo. Sin embargo, pude ver tiburones, enormes tortugas, barracudas, peces multicolores y la famosa barrera coralífera, considerada como una de las maravillas del mundo.

A la vuelta de la excursión de buceo y cansado de mar y sol compré en la calle, por 10,000 pts, un billete de avión de segunda mano que me devolvería a Sidney. Viajé sin problemas a nombre de otra persona, haciéndome pasar por Tony Tsimbas, que me llevo en su coche hasta el aeropuerto de Cairos.

En Sidney, utilicé un falso carnet de estudiante que compré por veinte dólares en Mongolia y adquirí un billete hasta Madrid por unas 140,000 pts. Volaría con New Zealand Airways y American Airlines. El pasaje incluía escalas ilimitadas en tres destinos a elegir entre Nueva Zelanda, Fiji, Hawaii, Los Angeles y Miami.

Que chollo.

NUEVA ZELANDA

Aproveché la libertad que me concedía el billete de avión a España para hacer un par de escalas en el Pacífico. Primero me detuve algo más de una semana en lo que muchos consideran el país más bonito del mundo.

Llegué a Auckland a mediados de Septiembre. Era final de invierno y aún hacía frío. Me alojé en el cómodo pero caro “Auckland Youth Hostel”. Mi compañero de habitación era un aburrido y barbudo americano de unos cuarenta años que pasaba el día acostado. Viajaba con un equipo de música que pesaba más de diez kilos.

Alquilé una bicicleta para pasear por la ciudad, que pronto se quedó pequeña. Me alejé bastante bordeando la carretera de la costa. Durante un par de días pedaleé en solitario de arriba abajo bajo un cielo pesado y gris, que descargaba sin ninguna vergüenza y con toda su fuerza en los momentos más inesperados y menos oportunos. El resfriado que había atrapado en el “Tak Hawaii” empeoró hasta que mi cabeza, incluyendo nariz y oídos, quedó totalmente embotada. Los dos días en Auckland fueron muy solitarios. Por la noche me colé en más de cinco salas de cine para ver películas de cuyo título no me acuerdo. Sí recuerdo que en una ocasión salí de la sala huyendo de la inaceptable tercera parte de Batman. Me pegué una buena paliza de videojuegos porque aproveché la oferta del juego “Daytona” (carreras de coches): una carrera de veinte vueltas o media de juego por cien pesetas. Me convertí en un maestro de la conducción. Por la noche solía comer en los desangelados McDonald’s. Pedía el menu Combo 3, que incluía un Big Mac, patatas fritas y Coca Light. Me sentaba aburrido en las mesas cerca de la vidriera que dá a la calle y miraba como el mundo corría delante de mí. Estas gentes de todas la razas, orientales, filipinos, habitantes de otros archipiélagos del Pacífico, caucásicos, indios eran personas que caminaban con algún rumbo o en busca de alguien que les esperaba en algún sitio.

A pesar de mi imponente resfriado y de la lluvia que no cesaba, decidí partir al tercer día hacia el Sur a bordo de un lujoso autobús cuyo destino final era Rotorua, en el centro de la isla Norte. Rotorua es una pequeña y turística ciudad famosa por una ingente actividad volcánica, por su olor a huevo podrido, por las agradables aguas termales y por los bellos parques naturales que la rodean. Cerca de Rotorua se encuentra un tortuoso curso de agua revueltas, que termina en una cascada de siete metros de altura. Por 50 dólares descendí en una balsa de goma (rafting) con un instructor y varios compañeros. Lo que me quedó bien grabado no fue la caída de siete metros en la balsa desde lo alto de una cascada, sino el agua helada que se metía por las rendijas de mi traje isotérmico.

El segundo día en Rotorua lo dediqué a pedalear sobre una bicicleta que me prestó el simpático dueño de la pensión de mochileros en que me alojaba, muy cerca de la estación de autobuses y cerca del centro del pueblo. En un día recorrí en bici más de 60 km a través de algunos parques nacionales.

Pero lo mejor de Rotorua fue conocer a Andrés a través del dueño de la pensión. Andrés es un simpático vasco de 24 años que llevaba un año viviendo en esta zona. Trabaja como ingeniero forestal en una compañía maderera neozelandesa. Tres años antes había representado a España en la selección de fútbol Sub 21. Estaba muy conectado con un grupo de chilenos que también vivían en Rotorua. A partir de este momento y durante los dos días siguientes satisfice con creces el déficit afectivo que venía arrastrando desde Australia. Acudí a un par de fiestas, una de ellas para celebrar la independencia chilena. Bailé sevillanas, comí tortilla de patatas, me comuniqué en español (la lengua se me trababa de vez en cuando), canté y hasta cogí un buen mareo con la sangría.

Pero Rotorua era un pueblo muy pequeño, y me quedaban pocos días en Nueva Zelanda. Quería conocer más lugares. Pasé por otra ruptura con amigos a los que te cuesta dejar. Pero mi viaje debía continuar y quedaban muchísimas cosas por ver.

Tomé un autobús hacia la Península de Coromandel, al Noreste de la isla. Dicen que en Coromandel están algunos los mejores senderos de Nueva Zelanda para hacer montañismo o practicar “tramping” (“trekking”, en neozelandés). Por la noche el autobús me dejó en la ciudad fantasma de Thames. A las ocho de la noche de ese odioso domingo no quedaba abierto ni un mísero bar para comer un bocadillo o un supermercado para comprar pan. Aporreando el cristal de un restaurante de comida rápida me pasaron por la rendija de la puerta algo para comer. Un carpanta sevillano a trepientos mil km de casa. La pensión estaba habitada por un par de huraños mochileros ingleses. Dormí sólo en una habitación con capacidad para dieciséis personas.

Al día siguiente desayuné con una pareja alemana que partía en coche hacia el parque nacional de Coromandel. Aproveché para unirme a ellos y gorronear kms, en lo cual ya era todo un experto. Tras una hora de conducción por un camino de tierra, descendimos en un estacionamiento vacío, estudiamos el mapa del parque y tomamos el sendero hacia un refugio de montaña, bajo un cielo gris y amenazante. Hoy era para mí un día muy especial: **22 de septiembre** y cumplía 32 años. Como única celebración, los alemanes me cantaron un desafinado Happy Birthday, en algún lugar del camino bajo una lluvia torrencial. Llegamos por la noche a un bonito y confortable albergue-refugio de montaña. En él estaban alojadas durante sólo una noche una docena de ancianas de la "Asociación de Amigas de la Montaña" que se reunían una vez cada 4 o 5 meses para hacer “tramping”. Ellas también me cantaron a coro “Happy Birthday” y cocinaron para mí. Al día siguiente caminé por parajes espectaculares que no pude disfrutar por la maldita lluvia que me tenía calado hasta los huesos. Regresé a Thames y al día siguiente tomé un autobús a Auckland. Mi constipado era terrible. Pasé una noche más en la capital de Nueva Zelanda.

En cuanto pude tomé un avión a la Islas Fiyi en busca de temperaturas mas cálidas, playas y palmeras.

Esto es todo por ahora. Espero escribir desde Fiyi en tres semanas.